

escarapelas y promesas. Antes de anochecer Mr. de Benzenval os enviará refuerzo. »

« Flesselles. »

Una terrible blasfemia subió desde la calle hasta el balcón-ventana del Hotel de Ville en que estaba asomado Flesselles.

Sin adivinar la causa, comprendió la amenaza y se retiró del balcón. Pero ya le habían visto, y sabían que estaba allí.

La multitud se precipitó por la escalera arriba, con un movimiento tan general, que hasta los que conducían al doctor Gilberto, le dejaron solo para seguir aquella alta marea que subía impelida por el sople de la cólera.

Gilberto quiso también entrar en el Hotel de Ville, mas no para amenazar, sino para defender á Flesselles.

Ya había subido los tres ó cuatro primeros escalones, cuando sintió que le tiraban del vestido violentamente por detrás. Se volvió precipitadamente, y vió que eran Billot y Pitou.

— ¡Oh! prorumpió el doctor Gilberto, que desde el sitio en que se hallaba divisaba toda la plaza; ¿qué es lo que sucede allí?

Y señaló con su mano crispada hacia la calle de la Tixeranderie.

— Venid, señor doctor, venid; dijeron á un mismo tiempo Billot y Pitou.

— ¡Oh! ¡asesinos! exclamó el doctor; ¡asesinos!

En aquel instante Mr. de Losme cayó á tierra herido de un hachazo; el pueblo colérico confundía con el gobernador egoísta y bárbaro que había atormentado á los desventurados prisioneros, al hombre generoso que les había servido de apoyo en la prisión.

— ¡Oh! ¡sí, sí vámonos, porque ya es vergonzoso pensar que hemos sido libertados por semejantes hombres.

— Señor doctor, dijo Billot: no son esos los que han lidiado en la Bastilla; esa es otra clase de gente.

En el mismo momento en que el doctor Gilberto bajaba

los escalones que antes había subido para ir á socorrer á Flesselles, la multitud retrocedió hacia la puerta. Un hombre iba arrastrado en aquel torrente.

— ¡Al palacio real! ¡Al palacio real! gritaba la multitud.

— Sí, amigos míos; si mis buenos amigos: al palacio real; repetía aquel hombre.

Pero era arrastrado hacia el río, como si la multitud hubiera querido conducirlo, no al palacio real, sino al Sena.

— ¡Oh! ¡le van á ahogar! exclamó el doctor Gilberto; procuremos salvarle al menos.

Pero no había acabado aun de pronunciar estas palabras, cuando se oyó un pistoletazo y Flesselles desapareció entre el humo de la pólvora.

Gilberto se tapó los ojos con las manos en un movimiento de sublime cólera; maldijo al pueblo, que siendo tan grande, manchó su victoria con tres asesinatos.

Y después, cuando se quitó las manos de los ojos, vió tres cabezas clavadas en las puntas de tres picas.

La primera era la de Flesselles, la segunda la de Losme, y la tercera la de Launay.

La una se elevaba en las gradas del Hotel de Ville, la otra en medio de la calle de la Tixeranderie, y la otra en la calle de Pelletier.

Por la posición que ocupaban, formaban un triángulo.

— ¡Oh! ¡Balsamo! exclamó el doctor dando un suspiro; ¿es con un triángulo semejante como se simboliza la libertad?

Y desapareció por la calle de la Vannerie, seguido de Billot y Pitou.

CAPITULO XX

Sebastián Gilberto.

En la esquina de la calle de Planché-Mibray se había parado un coche de alquiler en el que subió el doctor, Billot y Pitou subieron también y se sentaron á su lado.

— ¡Al colegio de Luis el Grande! dijo Gilberto al co-

chero, y se recostó en el fondo del carruage, donde permaneció sumido en una profunda meditacion que no se atrevieron á interrumpir Billot y Pitou.

Atravesaron el Pont-de-Change, giraron por la calle de la Cité, anduvieron la de Saint-Jacques, y llegaron al colegio de Luis el Grande.

Todo París estaba en movimiento. Por todas partes se habia propagado la noticia de lo que pasaba; la relacion de los asesinatos que acababan de cometerse en la Greve andaba mezclada con la de la gloriosa toma de la Bastilla. En los semblantes de los parisienses se veian reflejar las diversas impresiones que sentian en aquel instante.

Gilberto no asomó una sola vez la cabeza á la ventanilla del carruage ni pronunció una sola palabra. Siempre hay un lado ridículo en las ovaciones populares, y por este lado era por donde Gilberto contemplaba aquel triunfo.

El doctor se apeó á la puerta del colegio, é hizo seña á Billot para que le siguiese.

Pitou, con mucha discrecion, se quedó sentado dentro del coche.

Aun estaba Sebastian en la enfermería: cuando se anunció el doctor Gilberto, salió á recibirle y le condujo allá el mismo gefe en persona.

Billot, que conocia á fondo los caracteres del padre y del hijo, examinó con atencion la escena que pasaba á su vista.

El muchacho que se mostró antes tan débil, irritable y nervioso en la desesperacion, se presentó en este momento sereno y reservado en la alegría.

Al ver á su padre, palideció y no habló una sola palabra. Un lijero estremecimiento se dejó ver en sus labios.

En seguida se arrojó al cuello del doctor, prorumpiendo en un grito de alegría que parecia de dolor, y le tuvo largo rato abrazado en silencio.

El doctor respondió á este abrazo silencioso con igual silencio. Y despues de haber abrazado á su hijo, le estuvo mirando un rato con una sonrisa mas bien triste que alegre.

Un observador mas hábil que Billot hubiera conocido que habia una desgracia ó un crimen entre el hijo y el padre.

Sebastian fué menos silencioso con Billot. Cuando pudo ver en derredor de sí otra cosa que su padre, que absorbió al principio toda su atencion, corrió hácia el bueno de Billot, y le abrazó diciendo:

— Sois un valiente, señor Billot; me habeis cumplido vuestra palabra y os doy por ello las gracias.

— ¡Oh! ¡oh! contestó Billot; trabajillo ha costado, señor Sebastian, porque vuestro padre estaba muy bien encerrado, y ha sido preciso para sacarle de allí andar á linternazos.

— Sebastian, preguntó el doctor, ¿y de la salud estás bueno?

— Sí, padre mio, respondió el jóven; estoy bueno aunque me veis en la enfermería.

Gilberto se sonrió.

— Ya sé por qué estás aquí, le dijo.

Sebastian se sonrió tambien.

— ¿No te falta nada aquí? prosiguió el doctor.

— Nada, á vos gracias.

— Pues oye, amiguito, siempre vengo á recomendarte una misma cosa: ¡trabaja!

— Sí, padre mio.

— Sé que para tí no es vacía de sentido esta palabra; si no lo creyese así, no te la repetiría.

— No es á mí á quien toca responderos, padre: dijo Sebastian, sino á nuestro buen gefe el señor Berardier.

El doctor se volvió hácia el señor Berardier que le llamó aparte para decirle dos palabras.

— Aguarda, Sebastian, dijo el doctor.

Y se marchó á un lado con el gefe del colegio.

— Señor Billot, preguntó Sebastian con interés; ¿ha sucedido alguna desgracia á Pitou? ¿por qué no ha venido tambien?

— Está aguardando á la puerta en un carruage.

— Padre, dijo Sebastian; ¿permitis que el señor Billot vaya á llamar á Pitou? tendria mucho gusto en verle.

Gilberto hizo una señal afirmativa con la cabeza, y Billot salió hácia la puerta.

— ¿Qué es lo que quereis decirme? preguntó el doctor al cura Berardier.

— Quiero deciros, señor Gilberto, que en vez de recomendar el trabajo á vuestro hijo, lo que debeis recomendarle es la distraccion.

— ¿Qué decís?

— Sí; porque es un escelente muchacho á quien todos quieren aquí como á un hijo ó á un hermano; pero...

Berardier se detuvo indeciso.

— ¿Pero qué? preguntó el doctor.

— ¿Qué? que si no se tiene mucho cuidado, señor Gilberto, va á acabar con su vida el trabajo que tanto le recomendais.

— ¿El trabajo?

— Sí señor, el trabajo. Si le véis apoyado en su pupitre, con los brazos cruzados, la nariz tocando al diccionario, y los ojos fijos...

— ¿Estudiando? preguntó el doctor.

— Estudiando, sí señor; buscando las palabras castizas, los giros antiguos, la forma griega ó latina, y esto horas enteras; mirad, ahora mismo, ved...

En efecto, Sebastian, aunque no hacia aun cinco minutos que su padre se habia apartado de su lado, y acababa de salir Billot á llamar á Pitou, estaba sumido en una especie de meditacion que se parecia al éxtasis.

— ¿Suele estar así á menudo? preguntó Gilberto con inquietud.

— Casi siempre, señor Gilberto, está repasando las lecciones.

— Teneis razon, señor cura; pero cuando le veais que está repasando de esa manera es preciso distraerle y llamarle á otra parte la atencion.

— Seria una lástima, porque así es como hace composiciones que harán algun día honor al colegio de Luis el Grande. De aquí á tres años predigo que este muchacho se llevará todos los premios de los concursos.

— Tened cuidado, repitió el doctor; esa especie de abstraccion del pensamiento en que veis ahora sumido á Sebastian, es mas bien una prueba de debilidad que de fuerza; síntoma de enfermedad y no de salud. Teneis razon, señor cura; es preciso no recomendar tanto el trabajo á este muchacho, ó al menos hacerle distinguir el estudio de la meditacion.

— Os aseguro, señor Gilberto, que estudia.

— Cuando está así, ¿está estudiando?

— Sí; la prueba es que cumple con su obligacion antes y mejor que los demas. ¿Le veis cómo mueve los labios? Está repasando la leccion.

— Pues cuando repase la leccion de esa manera, señor Berardier, distraedle en seguida, y tened por seguro que sabrá mejor sus lecciones y disfrutará mejor salud.

— ¿De veras? ¿sois de esa opinion?

— Estoy persuadido de ello.

— ¡Bah!... exclamó el bueno del cura; vos sabreis lo que os haceis, señor doctor, puesto que Mrs. de Condorcet y Cabanis os proclaman por uno de los hombres mas sábios que existen en el mundo.

— Pero os aconsejo, dijo Gilberto, para cuando intenteis sacarle de estos éxtasis, que tomeis algunas precauciones; primero habladle en voz baja; despues un poco mas alto...

— ¿Y por qué así?

— Para volverle á traer poco á poco á este mundo, que olvida en esos momentos.

El cura dirigió al doctor una mirada de estrañeza. Casi le tuvo por loco.

— Mirad, dijo el doctor; vais á ver la prueba de lo que os estoy diciendo.

En efecto, Billot y Pitou entraban en este momento. En tres zancadas Pitou se plantó al lado de Sebastian.

— ¿Qué me quieres, Sebastian? dijo Pitou tirándole del brazo y apoyando su cabezota en la frente del jóven.

— Ved; dijo Gilberto al cura.

En efecto, Sebastian, sacado de su éxtasis por el cariñoso

saludo de Pitou con semejante exabrupto, se quedó pálido é inclinó la cabeza sobre su pecho como si no tuvieran fuerzas sus hombros para sostenerla. Exhaló de su pecho un doloroso suspiro y sus mejillas se colorearon vivamente.

Meneó á un lado y á otro la cabeza y se sonrió.

— ¡ Ah ! ¿ eres tú, Pitou ? dijo. Sí ; es verdad ; te he mandado llamar.

Y despues mirándole cariñosamente :

— ¿ Te has batido tú tambien ? le preguntó.

— Sí, y como un valiente, dijo Billot.

— ¿ Y por qué no habeis querido que fuera yo tambien con vosotros ? dijo el muchacho en tono de reconcion ; tambien yo me hubiera batido, y al menos habria hecho lo que debiera hacer por mi padre.

— Sebastian, dijo Gilberto acercándose á su hijo y estrechándole contra su pecho ; lo que debes hacer por tu padre no es batirte, sino escuchar sus consejos, seguirlos y llegar á ser un hombre de provecho en el mundo,

— ¿ Cómo lo sois vos ? ¡ es verdad ! dijo el muchacho lleno de orgullo. ¡ Oh ! sí ; ¡ á eso aspiro !

— Mira, Sebastian ; añadió el doctor ; ya que has visto y dado las gracias á Billot y á Pitou, ven ahora al jardin un rato, que tenemos que hablar.

— Con mucho gusto, padre mio. Solo dos ó tres momentos en toda mi vida he podido hablaros á solas, y estos momentos están siempre grabados en mi memoria.

— Con vuestro permiso, señor cura, dijo Gilberto.

— Sois muy dueño, contestó Berardier.

— Billot, Pitou, amigos ; acaso tengais necesidad de tomar alguna cosa.

— A fé mia que sí, contestó Billot ; no he comido desde esta mañana, y lo que es Pitou debe ya tener apetito.

— Nada de eso, dijo Pitou ; yo he comido una libreta y un poco de salchicha un momento antes de que nos tiráramos al agua ; pero con el baño se ha digerido perfectamente.

— Pues bien, vamos hácia el refectorio, dijo el cura Berardier, y se os dará algo de comer.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! exclamó Pitou lleno de alegría.

— Se os tratará perfectamente, prosiguió el cura ; aunque me parece que no teneis el estómago vacio, señor Pitou.

Pitou dirigió á su estómago una mirada llena de pudor.

— Y aunque se os sirviera en la mesa unos calzones al mismo tiempo que la comida, no estarian de mas.

— Por mi parte, los aceptaria, señor cura, dijo Pitou.

Pues vamos allá ; se os servirá la comida y los calzones.

Y el cura, Billot y Pitou se dirigieron por un lado, miéntras Gilberto y su hijo se alejaban por el otro.

Atravesaron el patio destinado para que jugasen los colegiales, y llegaron á un jardinillo reservado para los profesores, fresco y sombrío, adonde solia el cura Berardier ir á leer su Tácito y su Juvenal.

Gilberto se sentó en un banco de madera, y mandó sentar á su lado á Sebastian ; y apartándole con la mano sus largos cabellos que le caian sobre la frente.

— Hijo mio, le dijo ; por fin nos volvemos á ver.

Sebastian levantó los ojos al cielo.

— Sí, padre mio, por un milagro de Dios.

Gilberto se sonrió.

— Si es milagro, dijo, el pueblo de París es el que le ha hecho.

— Padre, dijo Sebastian ; no digais que no se debe á Dios lo que acaba de pasar ; porque yo al veros, he dado por ello gracias á Dios.

— ¿ Y á Billot, no se las has dado ?

— A Billot despues de Dios.

Gilberto estuvo un rato pensativo.

— Tienes razon, hijo mio, le dijo. Dios existe en el fondo de todas las cosas. Pero hablemos de tí antes de separarnos de nuevo.

— ¿ Tenemos que separarnos ahora tambien ? preguntó tristemente Sebastian.

— Sí ; pero no por mucho tiempo, segun creo. Una cajita que entregué á Billot para que me la guardase, ha desaparecido de su casa. Necesito saber quién es el que la

ha robado, y así averiguaré también quién es el que ha hecho que me pongan preso.

— ¡Bueno! ¡aguardaré!... dijo el joven, y dió un suspiro.

— ¿Estás triste, Sebastian? le preguntó el doctor.

— Sí.

— ¿Y por qué estás triste?

— Yo no sé; me parece que la vida no es para mí como para los demás hombres.

— ¿Qué es lo que dices, Sebastian?

— La verdad.

— Pero espígate; ¿qué es lo que quieres decir con eso?

— Todos tienen diversiones y placeres; pero yo no.

— ¿Tú no?

— Quiero decir, padre mío, que no me divierten los juegos de mi edad.

— Cuidado, Sebastian; me disgustará mucho que sigas siendo así. Las almas que prometen un porvenir glorioso, son como las frutas que se crían en el árbol, al principio son amargas, después ácidas, luego verdes, hasta que maduran y son sabrosas al paladar. Créeme, hijo mío; es menester ser joven.

— No es culpa mía si no lo soy, respondió Sebastian sonriéndose melancólicamente.

Gilberto apretó las dos manos de su hijo entre las suyas, y fijando sus ojos en los de Sebastian, dijo:

— Tu edad, querido, es la de la juventud. A los quince años, Sebastian, la tristeza es el orgullo ó la enfermedad. Te he preguntado si estabas bueno de salud, y me has contestado que sí; ahora te pregunto si eres orgulloso y procuras responderme que no.

— Padre, dijo el joven; tranquilizaos. Lo que me pone triste no es el tener orgullo ni el estar enfermo, no; es... un no sé qué...

— Vamos, habla; cuéntame lo que te pasa.

— No, padre, no; ahora no. En otra ocasión os lo contaré. Ahora tenéis prisa; hablemos de otra cosa y no de mis locuras.

— No, Sebastian, dímelo ahora mismo; ¿cuál es la causa de tu tristeza?

— No me atrevo á decirlo, padre mío.

— Vamos ¿qué temes?

— Temo que me tengáis por un visionario, ó temo decir cosas que os causen aflicción.

— Mayor aflicción me causas callando tu secreto, hijo de mi alma....

— Yo no tengo secretos para mi padre, dijo Sebastian con tristeza.

— Pues entónces, habla; cuéntamelo todo.

— No me atrevo...

— Pero Sebastian... tú que tienes la pretension de ser ya un hombre y no un niño...

— Precisamente por eso.

— ¡Vamos, valor!

— ¡Pues bien! padre, voy á contároslo; pero es un sueño, ¡una alucinación de mi espíritu!

— ¡Una alucinación!

— ¡Sí! cuando tengo esta alucinación, estoy como trasportado á un mundo distinto.

— Vamos, dí, ¿cuál es esa alucinación?

— Desde muy niño he tenido estas visiones. Dos ó tres veces, ya lo sabéis, me perdí en los bosques de la aldea en que me crié.

— Sí, me lo contaron.

— ¡Pues bien! me perdí siguiendo... un no sé qué, parecía un fantasma.

— ¿Qué es lo que dices?... preguntó Gilberto asustado y mirando atentamente á su hijo.

— Sí, padre mío; esto es lo que me sucedió: estaba jugando con otros muchachos de la aldea, y mientras estaba con ellos ó no salía del pueblo, no tenía estas visiones; pero cuando me separaba de ellos y me internaba en el bosque, sentía á mi lado el roce de un vestido; alargaba los brazos para cogerle, y abrazaba únicamente el aire; pero á medida que se alejaba el ruido se hacía más visible la fantasma. Primero era un vapor trasparente como una

nube, pero despues se iba espesando y tomaba una forma humaua. Era la forma de una muger que volaba por los aires, y se hacia tanto mas visible á mis ojos, cuanto mas oscuros y sombríos eran los sitios del bosque adonde la seguia.

Una fuerza desconocida, estraña, irresistible, me arrastraba en pos de aquella muger. La seguia con los brazos abiertos, y como ella, sin hablar una sola palabra; muchas veces quise llamarla y jamás mi voz pudo pronunciar un sonido; la seguia así, siempre, sin parar y sin poder alcanzarla, hasta que el mismo prodigio que me habia anunciado su presencia me anunciaba tambien que iba á desaparecer. Aquella muger se desvanecia poco á poco; la materia se convertia en vapor, el vapor en aire y la vision desaparecia. Y yo, muerto de fatiga, caia al suelo en el sitio mismo en que se habia desvanecido. Allí fué donde me halló Pitou, unas veces el mismo dia en que se me habia aparecido la vision y otras al dia siguiente.

Gilberto seguia mirando á su hijo cada vez con mayor inquietud. Alargó la mano y le tomó el pulso. Sebastian comprendió el sentimiento que agitaba á su padre.

— ¡Oh! tranquilizaos, padre mio, dijo; ya sé que nada de esto es real y que es solo una vision.

— ¿Y esa muger? le preguntó el doctor: ¿qué aspecto tenia?

— Era magestuosa como una reina.

— ¿Y su rostro le has visto muchas veces?

— Sí muchas.

— ¿Y hace mucho tiempo? preguntó el doctor estremeciéndose.

— Desde que estoy aquí únicamente, respondió el jóven.

— Pero París no es como el bosque de Villers-Cotterets, cuyos árboles forman una bóveda sombría y misteriosa... Aquí en París no hay ni silencio ni soledad, que son el elemento de los fantasmas...

— Sí, padre mio; para mí hay eso.

— ¿Donde?

— Aquí.

— ¿Aquí? ¿pero este jardin no está reservado únicamente para los profesores?

— Sí, es cierto. Pero dos ó tres veces me pareció ver á esa muger deslizarse por el patio del jardin. Quise siempre seguirla; pero no pude porque estaba la puerta cerrada. Un dia que el señor cura, muy contento conmigo porque habia sacado bien la composicion, me preguntó qué premio queria, le dije que me permitiese venir á pasearme alguna que otra vez por el jardin. Me dió el permiso, y he venido muchas veces, y aquí, en este mismo sitio, ha vuelto á aparecérseme la fantástica vision.

Gilberto se estremeció al oir estas palabras.

— ¡Estraña alucinacion! exclamó; ¡pero posible en una organizacion tan nerviosa como la suya! ¿y dices que has visto su rostro?

— Sí, padre mio.

— ¿Recuerdas sus facciones?

La respuesta de Sebastian fué una sonrisa.

— Y has intentado alguna vez acercarte á ella?

— Siempre.

— ¿Y tenderla la mano?

— Sí; y entónces era cuando desaparecia.

— Y dime, Sebastian, ¿quién te se ha figurado que pueda ser esa muger?

— Me parece que es mi madre.

— ¡Tu madre! gritó Gilberto palideciendo de repente.

Y aplicó la mano á su corazon, como para detener la sangre de una dolorosa herida.

— Pero todo eso es un sueño, dijo, y yo soy casi tan loco como tú.

Calló Sebastian y miró á su padre con ojos pensativos.

— Sí, un sueño, ¿no es así? le preguntó el doctor.

— Bien puede ser un sueño; pero la realidad de mi sueño existe.

— ¿Qué es lo que quieres decir?

— Quiero decir que el último dia de Pascua nos lleva-

ron á paseo al bosque de Satory, que está junto á Versalles; y allí, estando yo solo...

— ¿Volvió á presentásete la misma vision?

— Sí; pero entónces se me presentó en un carruage tirado por cuatro magníficos caballos... y no era ya vision, ne, una muger real, viva... estuve á punto de desmayarme.

— ¿Y porqué?

— No sé.

— Y de esa nueva aparicion, ¿qué es lo que has deducido?

— Que no era mi madre la que se me aparecia en sueños, porque aquella muger era la misma, y mi madre ha fallecido.

Gilberto se puso en pie y se pasó la mano por la frente. Un sentimiento extraño se apoderó de él.

Sebastian observó su turbacion y se asustó de verle tan pálido.

— ¡ Ah ! dijo; ya sabia yo, padre mio, que iba á ponerme triste contándoos estas locuras.

— No, hijo mio, no; al contrario, dijo el doctor; cuéntamelas siempre que estemos juntos, y ya buscaremos el remedio.

Sebastian meneó á un lado y á otro la cabeza.

— ¡ El remedio ! ¿ y para qué ? dijo. Ya estoy acostumbrado á estas visiones sin las cuales no podria vivir; amo á esa fantasma aunque huye de mí y algunas veces me rechaza de su lado. No hace falta remedio, padre mio. Podéis iros si quereis, viajar de nuevo, volver á América. Teniendo esta vision á mi lado, nunca me quedaré yo solo.

— ¡ Dios mio ! dijo en voz baja el doctor; y abrazando á Sebastian.

— Hasta la vista, hijo mio, le dijo. Pronto espero que nos volveremos á ver, porque aunque tenga que marcharme de París, vendrás tú tambien conmigo.

— ¿ Era hermosa mi madre ? preguntó Sebastian :

— ¡ Oh ! sí ; ¡ muy hermosa ! respondió el doctor con voz apagada.

— ¿ Y os queria tanto como yo os quiero ?

— ¡ Sebastian ! ¡ Sebastian ! exclamó el doctor ; ¡ no me vuelvas á hablar nunca de tu madre !

Y besando otra vez á su hijo en la frente, salió del jardín.

En vez de salir detrás de él, Sebastian cayó sentado en el asiento, donde permaneció triste y pensativo.

Gilberto halló en el patio á Billot y á Pitou que despues de haber tomado un buen refrigerio, estaban contando al cura Berardier cómo se habia tomado la Bastilla.

Encargó otra vez el doctor Gilberto al gefe del colegio que tuviese mucho cuidado de Sebastian, y volvió á subir al carruage con sus dos compañeros.

CAPITULO XXI

Madama de Stael.

Quando Gilberto se sentó segunda vez en el carruage al lado de Billot y enfrente de Pitou, estaba pálido y con la frente bañada de sudor.

Pero no era propio de su caracter dejarse dominar por una emocion cualquiera. Se recostó en el interior del carruage, apoyó sus dos manos en la frente como si hubiera querido comprimir su pensamiento, y despues de un instante de inmovilidad, separó sus manos, y mostrando una fisonomía de un todo serena :

— ¿ Con que decis, señor Billot, que el rey ha desterado al señor baron de Necker ?

— Sí señor.

— ¿ Y que de aquí proviene el tumulto de París ?

— No os equivocais.

— ¿ Y habeis dicho que Mr. de Necker salió inmediatamente de Versalles ?

— Recibió la orden cuando estaba comiendo, y una hora despues ya estaba en camino para Bruselas.

— ¿ Para Bruselas ?

— Donde debe estar ahora indudablemente.